

**“Sacar a los hombres de cautivo, es cosa que place mucho a Dios, porque es obra de la Merced.”
(Sentencia de Alfonso X el Sabio.)**

Querido/a amigo/a: España ha sido una de las naciones que más Órdenes Religiosas ha fundado en el mundo por medio de la pléyade de Santos y Santas que al culminar en su santidad, y deseando ayudar a multitud de seres humanos que sufrían toda serie, o bien de enfermedades u otras muchas calamidades se ponían junto a otras personas, con los mismos deseos e inclinaciones a solucionar gravísimos problemas en que veían inmersos a muchísimos coetáneos.

En los últimos siglos de la Edad Media el levante español se veía aterrorizado por la presencia en el Mediterráneo por barcos de corsarios turcos y sarracenos, que lo mismo atacaban a otros barcos que desembarcaban en las costas y se llevaban cautivos a sus moradores, y como es lógico, la cautividad o esclavitud se convirtió en una calamidad terrible de la humanidad.

Tal situación creó en almas piadosas, deseos sinceros de poner fin a tal desastre, como en Sevilla, donde hicieron cuanto pudieron D. Fernando Contreras, ayudado por D^a Teresa Enriquez (La Loca del Sacramento), y con el aliento decidido del gran hombre, S. Juan de Ávila.

También surgió el fervorosísimo Pedro Nolasco, en Barcelona, quien rogaba insistentemente a la Madre de Dios, y se preguntaba cómo poner remedio a tan triste situación. Vendió cuanto tenía, y con tal dinero comenzó la compra y rescate de cautivos. El 1 de Agosto de 1.218, se le apareció la Virgen, animándole, y pidiéndole fundase la Orden Religiosa de la Merced para redención de cautivos. Pocos días después, Pedro Nolasco, ayudado por Jaime, el Conquistador y San Raimundo de Peñafort, fundaban el mandato de la Virgen y se comprometían con un cuarto voto: quedarse como rehenes, si fuera necesario, para liberar a otros más débiles. De este modo a través de la nueva Orden, la Virgen María, Madre, Corredentora y Medianera de todas las gracias aliviaría a sus hijos cautivos. Y bajo la protección de la Virgen, los frailes mercedarios han realizado una labor ingente, al mismo tiempo que ingente fueron sus sufrimientos. Y desde entonces, también han trabajado mucho como misioneros especialmente en América, adonde ellos llegaron los primeros misioneros.

El culto a Nuestra Señora de la Merced, se extendió rápidamente por Cataluña, por toda España, Francia e Italia, fundándose enseguida órdenes para las religiosas, que adaptadas a los tiempos actuales, y con características peculiares están haciendo mucho bien en el mundo entero. Precisamente, las religiosas que atienden, cuidan y educan a las niñas a quienes nosotros ayudamos, tienen la suerte de ser mercedarias.

Ni que dudar que como casi todo lo relacionado con dicha fundación, transcurrió en Barcelona. Dicha ciudad profesa un cariño y veneración especial, desde tiempo inmemorial a su Patrona, N^a S^a de la Merced., donde celebran su Día el próximo 24 de Setiembre, con gran fastuosidad, así como todos los años.

Nuestro agradecimiento a las Hermanas Clarisas del Convento de Marchena por su invitación para asistir a la profesión temporal de Sor Faith Syomiti Musyoki, y nuestra más cariñosa enhorabuena y alegría.

También hemos de expresar nuestra más sincera felicitación, como es lógico, siempre en nombre de toda la Peña, a nuestros queridísimos socios y amigos Adela y Cristóbal, por la celebración actual, precisamente en la Sabatina del pasado sábado día 21 ante Nuestra Señora de los Reyes, de sus Bodas de Plata Matrimoniales, que cariñosamente ha comentado en su fervorosa homilía, nuestro querido amigo, Reverendo Padre D. Publio Escudero, (me salto el tratamiento) , que casualmente también fue el sacerdote que actuó en su matrimonio. Así es que ¡¡¡¡ muchísimas felicidades ¡!!!! Cristóbal y Adela..

Y no puede faltar nuestra cariñosa felicitación a la querida Comunidad de Religiosas Mercedarias, de “allí” y de toda España. ¡Sois de lo que más vale en este mundo, queridísimas Mercedarias ¡! Felicidades ¡

Ya Sabéis que desde nuestra fundación, y siempre que hemos dispuesto de sacerdote, tenemos la gracia especial de poder celebrar una vez a la semana (los viernes), la Santa Misa en nuestro local, la cual siempre la ofrecemos por algún familiar de la Peña. La del próximo viernes, día 27, la ofreceremos por Antonio del Olmo, recientemente fallecido, que fue socio de la Peña, en los primeros años, siendo su familia amiga de varias familias nuestras. Hora, a las ocho de la tarde, pues aún estamos en el horario veraniego.

Nuestra más cordial enhorabuena al Coro Mejicano de Madrigalistas de Bellas Artes por su magnífico concierto benéfico en el Convento Madre de Dios, de las religiosas dominicas, de la calle de S. José, el pasado domingo. Hemos sido distinguidos por dicho Coro, que solamente ha actuado en cuatro ciudades.

Nada más. Hasta la próxima. Un cordial saludo de

LA JUNTA DIRECTIVA

MODELO DE CONFIANZA

María puso a Jesús en el camino de la realización de su labor cuando le pidió que hiciese el milagro de Caná. Con ello, el Maestro llamó la atención de los demás y, según el Evangelio, “creció la fe de sus discípulos en él”.

Es sabido que, a continuación, Jesús empezó lo que se llama “la vida pública”. El Señor recorrió durante más o menos tres años todo Israel e incluso hizo algún viaje fuera de sus fronteras. Predicó, hizo milagros, se enfrentó con los poderes establecidos y, al final, cuando llegó su hora, subió al Calvario, murió y resucitó.

Pero, ¿y María? Ella me recuerda a la madre paciente que aguarda en casa, sin tener noticias del Hijo, y que se consume de impaciencia temiendo lo peor. Y no es que María dudara en ningún momento ni de apoyo divino con que contaba Jesús ni de la rectitud de sus intenciones o de sus obras, sino que, forzosamente, la falta de comunicación entre ambos debía poner a prueba a los nervios de la Virgen, como muchos hijos ponen hoy a prueba los de sus madres, aunque por otros motivos.

En estos tres años de vida pública, María fue “la retaguardia de Cristo”, su apoyo silencioso a distancia. Fue su oración silenciosa que se alzaba hasta el cielo suplicando ayuda para aquel que era, por otro lado, la fuente de toda ayuda. Fue la mujer viuda que, con la marcha del Hijo, veía aumentar su soledad y que hacía de ella un instrumento de apoyo al Hijo ausente, ofreciéndole a Dios su dolor y colaborando así con la misión redentora de Cristo.

Sin embargo, en estos tres años, seguro que hubo más de un momento en que esta labor de “retaguardia” debió ser un poco más difícil. Como es sabido, Jesús no se ahorró enemigos. No es que él fuera un temerario, un insensato, un provocador, pero desde luego no era un político, un componedor que buscaba el consenso a cualquier precio. Jesús quería la paz, pero no estaba dispuesto a pagar por ella lo que fuera. Así, llamó “cámara de víboras” a los santurrones fariseos, mientras que a sus rivales saduceos les calificaba de “sepulcros blanqueados”. Tenía para todos y nadie que no estuviera a bien con Dios escapaba a sus críticas. Los únicos que no recibían sus fustigamientos eran los pobres, los sencillos, los abandonados, los “heridos de la vida”, a los cuales en muchas ocasiones los hacía quedar por delante de aquellos otros que llevaban escrito en la frente el título de “santo oficial del reino”.

Ese Jesús era un singo de contradicción. Sus enemigos brincaban de odio cada vez que curaba a alguien y oían los elogios que le dirigía el pueblo. Tramaban conspiraciones, juraban venganzas, acechaban sus pasos para acabar con él. Por eso no es extraño que, más bien pronto que tarde, las noticias de las aventuras de Jesús llegaran a Nazaret. Me imagino a alguna vecina haciéndose la encontradiza con María en la fuente y diciéndole que había oído que a su Hijo le perseguían por alterar el orden público, o que los sacerdotes habían dicho de su Jesús que era un blasfemo. Otras llegarían corriendo a llamar a la puerta de su casa, incluso de noche, para comentarle que se habían enterado de que le habían tendido una emboscada y que, quién sabe, quizá había caído en ella. No faltarían, sin duda, las que le dirían que se hablaba de que andaba en compañía de una famosa prostituta de Magdala y de que entre sus discípulos se encontraban incluso los malditos publicanos.

En fin, allí, sola, en aquel Nazaret cada vez más hostil, María libró su propia lucha contra el mal, su propia lucha a favor de la redención como colaboradora de su Hijo. Y la libró practicando una virtud de la que nosotros estamos necesitados: la de la confianza. Porque eso fue lo que la Virgen hizo una y otra vez cuando le contaban cosas, a veces contradictorias y en no pocas ocasiones malas acerca de Cristo: tener confianza en él. ¿Es que no le conocía ella de sobra?, pues entonces que dijeran aquellas arpías lo que quisieran, que ella sabía que todo lo que su Hijo hiciera estaba bien hecho y que, sin la menor duda, lo que le contaban era fruto de la envidia o del equívoco.

¿No podríamos imitar nosotros a María en eso? ¿No podríamos darle, por lo menos a algunas personas, un voto de confianza? ¿Tienen que estar demostrándonos siempre su honradez, su cariño, su sinceridad? A veces destruimos los más nobles sentimientos precisamente porque, por no creer en ellos, terminamos por cansar y decepcionar a los que los tienen. Nos merecemos el título de “condenados por desconfiados”. No fue así María, ciertamente. Su Hijo siempre contó con su apoyo, más allá de los rumores, más allá de las apariencias, porque más allá de todo estaba el amor que ella, su Madre, le tenía.

(Del Libro **VIDA DE MARIA** de Santiago Martín)

“Sin la Santa Misa, ¿qué sería de nosotros? Todos aquí abajo pereceríamos ya que únicamente eso puede detener el brazo de Dios.

Sin ella, ciertamente que la Iglesia no duraría y el mundo estaría perdido sin remedio”.

(Santa Teresa de Jesús.)